

tuvo a punto de caer de bruces. Nunca hubiera podido imaginar que aquel muchacho tan conocido de él, pero a quien no había tenido jamás sino como un ser anodino, pudiera ser el hombre que tanta y tan justa admiración despertaba”.

Concluyendo su peroración dijo el señor Troncoso de la Concha que la Academia de la Histo-

ria había encomendado a su individuo de número, Lcdo. Arturo Logroño, máximo orador de su generación, el discurso de alabanza del héroe, en lo cual estuvo sabiamente inspirada, no sólo por la selección del tribuno, sino porque en el Lic. Logroño eran atávicos el amor y la admiración a aquél gran dominicano, primera espada de la restauración de la República.

## DISCURSO DE ORDEN

PRONUNCIADO POR EL ACADEMICO LIC. ARTURO LOGROÑO, SECRETARIO DE ESTADO DE LA PRESIDENCIA, EN EL ACTO PUBLICO I SOLEMNE CELEBRADO POR LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA, EN LA MAÑANA DEL DOMINGO 10 DE SEPTIEMBRE, EN HOMENAJE DEL HEROE.

Damas y caballeros:

En la tarde del 16 de Agosto de 1926 tuve el honor de pronunciar en la Puerta del Conde el discurso oficial en ocasión de la Apoteosis del héroe preclaro cuyo centenario festeja ahora, alborozada, la República.

Cúpome, entonces, el privilegio de saludar desde las centenarias piedras bautismales de la nacionalidad y en nombre del Gobierno nacional los despojos mortales del titán de Paso del Muerto, y de El Sillón de la Viuda y de Arroyo Bermejo y de Baní y de Guanuma y de San Pedro y de Sabana del Vigía; los despojos inertes de la primera espada de la Restauración, conducidos en hombros del pueblo entre fulgores de aceros marciales a hospedería eterna de gloria en la Capilla de nuestros inmortales.

Hoy, trascurridos trece años, la docta Academia de la Historia confía a mi palabra desmedrada el insigne privilegio de hacer, una vez más, el elogio del esclarecido soldado, y yo, agradecido y honrado, cumplo con devoto agrado el enaltecedor encargo que, por lo demás, bloquea todos los caminos de mi corazón.

Cuando mi palabra renueva hoy la apología de Luperón, lo hace inspirada por la misma devoción, ardiendo en la misma llamarada de entusiasmo frente a la personalidad de ciclópea envergadura del prócer restaurador, plena de unción y de recogimiento al recordar las gestas heroicas y patricias de aquel hombre extraordinario que es una de las personalidades mayores de la patria dominicana.

Por eso, fiel a mis ideas de hace trece años, sobre la grandeza epónima del héroe puertoplataño, reafirmo, más bien, con fervor carlyliano, mi devoción al ilustre guerrero. Este discurso mío de hoy es el mismo grano de mirra que hace más de dos lustros ardiera en juvenil ofrenda en la vieja Puerta del Conde, cuando bajo la curva siempre grávida de decisiones heroicas del Bastión de San Genaro los restos de Luperón emprendían la etapa final desde la sede nativa hasta la histórica Catedral, nuestro orgullo, sinfonía de piedra que no logró tampoco concluir aquel Shubert de la argamasa y de la sillería que se llamó Alonso Rodríguez.

Gregorio Luperón, es, sin duda alguna, una de las más altas y complejas personalidades dominicanas. Guerrero denodado, hombre de valor sin paralelo, escapado de un romance épico, político prestigioso, hombre de Estado, escritor de pluma mesurada y a ratos brillante, Luperón, nacido en la más desesperadora situación de desamparo, lo será todo en esta tierra y todo lo deberá a la virtualidad de su genio, a la opulenta siega de laureles que realiza su invicta tizona de combate y a la nobleza sin par de su gran corazón.

Nacido en Puerto Plata, hijo de Nicolasa Duperrón y de Pedro Castellanos, él declara en sus Notas Autobiográficas haber nacido “de una familia cristiana, hospitalaria, bondadosa y pobre”.

Para ayudar al sostenimiento de sus hermanas y de su madre, a quien adora, durante las noches es su oficio pescar en el mar, en las ma-





drugadas es mozo de panadería y bajo los soles flagelantes de aquel ardido rincón del Trópico donde naciera, Isabel de Torres saluda al futuro paladín de la Restauración, vendiendo frutas en el mercado, dulces en los cuarteles y agua en bidones gineteando un burro.

Y aún tenía tiempo este Adamastor nuestro para iniciar la formación de su cultura, asistiendo a ratos a una modesta escuela inglesa que funcionaba entonces en Puerto Plata bajo auspicios presbiterianos. Apenas en los dinteles de la pubertad lo encontramos hombreándose con la naturaleza encargado de los cortes de caoba que explota en las sierras de Jamao el esforzado Pedro Eduardo Dubocq, generoso francés que diera su contribución de sangre a la causa de nuestra independencia.

Apenas cuenta 18 años cuando interviene por vez primera en la vida política. Partidario de los principios renovadores, proclamados el 7 de Julio de 1857 en la ciudad del Yaque, el Gobierno de Santiago le nombra Comandante Auxiliar del Puesto Cantonal de Rincón, modestísimo hito inicial de una accidentada y brillante carrera pública jalonada por la adversidad y por la gloria que le conducirá hasta la más alta dignidad institucional del Estado. Radica en Sabaneta de Yásica cuando en la última semana del mes de marzo de 1861 sus amigos Federico Scheffemberg y Baldomero Regalado le escriben una carta desde Puerto Plata noticiándole el trágico pecado que acaba de cometer Santana, dando espalda a su brillante historia, anexando la patria a la Corona de España, e invitándole a ir a la ciudad para oponerse al tremendo atentado. Vuela Luperón a Puerto Plata sólo a tiempo de ver flotando sobre la Fortaleza de San Felipe la orgullosa bandera oro y gualda, huérfana el asta del tricolor que habían hilado las abueias en esta ciudad matriz de la República durante el agorero silencio de largas, interminables noches de esclavitud. Enseguida es requerido por la Gobernación de la Provincia para que suscriba el Acta de incorporación a España. Comparece, declara que no autorizará jamás con su firma "la consumación de un parricidio" y proclama que allí estaba, tan sólo, como un buen dominicano, a protestar contra un acto vil atentatorio a la libertad y a la independencia. Dedicase inmediatamente y con infatigable propaganda en las Secciones aledañas a la en que residía a laborar por la causa santa de la rebelión; fleta un falucho que ostenta en la proa tajante nombre

simbólico: "La Esperanza"; y se dirige a Montecristi a sondear las opiniones de los primates de la Línea Noroeste. Fracasa en su gestión y no puede pasar de Guayubín, donde Fernando Valerio tenía orden de prenderlo y, decepcionado, emprende viaje de retorno a Puerto Plata. En la travesía, naufraga "La Esperanza" y Luperón, designios misteriosos del acaso, obtiene refugio en la costa, donde, en Estero Balsa, hace contacto y planea reparto de gloria con Pepillo Salcedo, el futuro héroe y mártir de la Restauración. Juan Suero, el Cid Negro, uno de los dominicanos más valerosos de todos los tiempos, Gobernador de Puerto Plata, le requiere a la Gobernación y le notifica poseer la orden de Santana de hacerlo prisionero y de remitirlo al Morro de La Habana. Luperón, audaz y corajudo, no hace caso al bravo soldado que por ignorancia servía contra su Patria y que tantas páginas de gloria hubiera escrito con su machete bizarro en el azorado libro de nuestras empresas marciales, si hubiera batallado con los suyos, escapando así de caer en obscuro ribazo dando espalda a la República; y dando Luperón un cintarazo al oficial de guardia derrriba hombres, golpea cabezas, arrolla obstáculos y, perseguido a tiros por los soldados españoles, toma el camino promisor de la montaña. Escapa nuestro héroe clandestinamente a Cabo Haitiano y, constreñido por los autoridades de esa ciudad, tiene que abandonar el suelo de la Isla. Abrese entonces en la vida de Luperón un accidentado paréntesis de aventuras. Llega a Nueva York cuando la sublevación de los irlandeses y a punto estuvo de ser victimado por fenianos fanáticos. Parte para México, y allí, después de haber sido arrojado de Haití por las amenazas del Almirante Rubalcava a Geffrard y de haber salido indemne, luego, de las bandas irlandesas en Nueva York, es vigilado como extranjero peligroso. Entonces embarca para Jamaica y, al fin, obsedido por la libertad de su Patria, fleta una goleta en Inagua y pone pié en tierra dominicana, provisto de un pintoresco botiquín de homeopatía, y bajo el nombre de Doctor Eugenio, se dirige enseguida a Sabaneta en la Línea Noroeste, donde nadie puede sospechar al fiero paladín bajo la inofensiva capa de un Esculapio de aldea. En Sabaneta y en Guayubín ha decidido Luperón radicar la sede de la rebelión que en breve incendiará el país. Iniciada la guerra restauradora con el alzamiento de Sabaneta y Guayubín, Luperón se bate como él sólo sabe hacerlo y desde Guayubín hasta Mao él es el más decidido de nuestros adalides en aquella breve e infortunada campaña precursora del alzamiento de Agosto, perdida, sin





duda, por la falta de firmeza de Lucas de Peña, días desastrosos para nuestras armas que ensangrentaron salvajemente las crueldades de Buceña y de Campillo, el Boves y el Morales de aquel ciclo calamitoso en cuya pavorosa fulgor, tan solo, como una trágica luminaria la batalla del Pellón, donde Luperón combate con frenético furor, resistiendo con un puñado de bravos las cargas feroces de 1.500 veteranos españoles. En El Pellón luchó junto a nuestro héroe con tan encendido ardor el General Antonio Batista, el arrepentido Comandante de Armas de Sabaneta, que Luperón consigna en sus Notas Autobiográficas: "el General Batista se batió aquel día con tal intrepidez que yo, Luperón, tuve que cogerle varias veces las bridas de su caballo para que no se metiera en las filas del enemigo". Después de la derrota y de la pérdida de la campaña, anda a salto de mata, perseguido y acorralado, puesta a precio su cabeza hasta que le sorprende en campos de La Vega Real la radiante aurora de Capotillo. Sublevadas La Vega y Moca, marcha Luperón sobre Santiago y allí se abraza con los héroes noroestanos que bajaban como un despeñado alud sobre la ciudad de los Treinta Caballeros.

Y Santiago contempló atónita, en la memorable batalla del 6 de septiembre, estremecida de patriótico orgullo, el heroísmo insólito, la bravura insuperable de aquel formidable atleta de la guerra ante quien la muerte misma, temerosa, se inclinaba en marcial obediencia y el incendio de la ciudad, antorcha gigante, tal como en una tragedia griega, alumbró la desesperación de la gran retirada española.

Jefe Supremo, enseguida, de las fuerzas restauradoras en el Sur y el Este de la República, Luperón es el caudillo que libra las más tremendas batallas de aquel bienio de sangre y de fuego. El Sillón de la Viuda, Arroyo Bermejo, Baní, Guanuma, San Pedro, Sabana del Vigía, Paso del Muerto, son ensangrentados testigos que proclaman en el plenario de la Historia la grandeza del Paladín, sin duda alguna, como afirmé antaño en un raptó de juvenil entusiasmo, "el más valeroso varón que haya concebido jamás vientre de mujer dominicana".

Valeroso hasta la temeridad, sí, entraba en el fragor de la batalla con ímpetu tempestuoso. Tenía el coraje agresivo de Bermúdez, el cumanés, para la ofensiva, y las cargas de caballería que Luperón rigió, en alto el acero y un incendio en los ojos, no las habría superado el propio Joaquín Murat, quien cargaba sobre el enemigo como si la clásica operación de guerra fuera un

temblor de tierra a casco y a pezuña, de gran uniforme, plumas al viento y con sólo un látigo en la diestra. Así cargó Luperón en San Pedro, así cargó en Arroyo Bermejo sobre los españoles victoriosos. En Sabana del Vigía ambos contendientes llegaron a confundirse y en el cuerpo a cuerpo hasta se empujaban para dispararse. A Luperón le arrancaron la mitad de la chaqueta y la silla de la mula que montaba. La caballería española envolvió a Luperón y le hubieran destrozado sin el auxilio de Antonio Caba. Cuando Salcedo le vio caer —le infirieron tres sablazos— le creyó muerto y ordenó la retirada. Pero los bravos de su Estado Mayor que lo alcanzaron a ver, luchando como un león acorralado, no quisieron abandonar el puesto y continuaron peleando. "Un azuano, que siempre andaba con Luperón, en medio de los tiros y los machetazos, agarró el freno de la mula de éste y lo salvó. Cuando Luperón después de haberse despedido de los españoles que lo tenían asido, derribando a dos de ellos, pudo volver a montar en su mula al pelo, corrió hacia el campamento, pero una columna española se interponía entre él y los suyos. Gritó al Comandante Pedro Royer que hiciera fuego con su cañón; pero el valiente oficial que comprendía que si disparaba podía la bala matar a su jefe, le gritó a su vez que se retirara del campo. Luperón le ordenó: "tire Ud. aunque me mate". El cañón abrió un claro en la vanguardia española, y Luperón, a todo escape, atravesó por medio de la tropa enemiga, asombrada y turbada por los destrozos de la metralla y por aquel hecho insólito de valor. Luperón gritó entonces a los españoles: "Todavía estoy vivo y os desafío a pasar este arroyo".

Y, sin embargo, a esta impetuosidad de huracán en la acometida unía Luperón la captación de la perspectiva y la impasibilidad en la ordenación del auténtico estratega. Cuando las legiones restauradoras acantonadas en La Malena vacilaban en atacar a Montecristi, detenidas por las indecisiones de Salcedo, Don Ulises escribe a Mauricio Gautreau, Secretario de Pepillo: "Te envío esa botella de brandy para que se la hagas tomar de un solo trago al Presidente, a fin de que se determine a atacar a Montecristi, y sienta no tener un bocoy de hielo para que se lo echaras a Luperón en la cabeza el día de la batalla".

En frecuentes discursos con Polanco, el irascible caudillo noroestano, considera Luperón un agravio para su honra, lo mismo que aquel involuntario soldado venezolano que en la llanada de Ca-



rabobo se entró en la Historia con una frase que es un trallazo épico, que nadie antes que él, ponga el pié en la Fortaleza de San Luis, asaltada por los dominicanos, y dice a Monción: "Si Gaspar entra en la Fortaleza primero que yo, me mato". Oye Luperón en medio de la pelea una vocinglería en la Fortaleza; cree que es Polanco que ha entrado antes que él al Fuerte, se arroja contra las trincheras y es blanco de un fuego espantoso. Entonces comenzó el famoso incendio de Santiago.

Generoso en el concepto y en la expresión, se inclina ante el adversario caído y no vacila en declarar sobre Santana que el ilustre y extraviado soldado de la independencia "era para los dominicanos un poder invencible, lleno de influencia, de prestigio, de valor y de energía, dotado de extraordinaria superioridad en el manejo de la guerra y de todos los negocios públicos". De Puello, designado Mariscal de Campo por Isabel de España, dice sencillamente: "Puello fué un héroe, de mucha firmeza, muy enérgico, de muchos bríos; pero obscureció su gloria poniéndose al lado de los opresores". El infausto destino del General Juan Contreras, muerto en combate en el desfiladero de Maluco por los patriotas de Olegario Tenares, le arranca frases inspiradas en los más puros sentimientos. Conocía Luperón las circunstancias que habían conducido al valiente General a las filas españolas y a todo trance quería sacarlo de ellas para lo cual realizó reiteradas gestiones. Contreras le había contestado a Luperón diciéndole: "que ciertamente su corazón sufría con acerba amargura los cruentos sacrificios de la patria, pero que un militar de su escuela no podía traicionar, y por lo mismo buscaba la muerte en el combate". Desde que Luperón recibió esa carta, había dado la orden a todos los cantones de hacer por salvar al General Contreras y declaró a sus soldados que a quien tal hiciera le regalaría el único bien que poseía: su caballo. Cuando Luperón ocupó a Monte Plata y a Boyá puso una cruz en el sepulcro del bravo guerrero, volviendo varias veces a orar por el alma de quien descansaba en aquella solitaria tumba. Y dice en sus Notas Autobiográficas: "La República lo ha olvidado porque nadie es héroe contra su patria; pero los soldados no podemos dejar de considerar y admirar su valor y su heroísmo". Cuando Juan Suero, el Cid Negro, cae en Paso del Muerto, en el río Yabacao, el Jueves Santo de 1864, derrama lágrimas de sincero dolor y, sin embargo, bajo el dominio de su pena, dirige la admirable retirada de la Sabana del Guabatico, donde afirma que

mostró rasgos sublimes de valor el viejo prócer Celestino Duarte, Comisario Pagador de la tropa, a quien Luperón mandó retirarse del combate dada la inminencia de la derrota y la ancianidad de Duarte, más el ilustre patriota se resiste, respondiéndole: "no me retiraré, General, que hoy hay gloria para todos los dominicanos".

Juan Suero, el formidable guerrero del sitio de Santiago y de las campañas del 63 y el 64, rival de Luperón en el valor al extremo de retarse y apostrofarse cada vez que se encontraban en medio del trueno de las batallas, —se admiraban recíprocamente, simpatía congénita de los hombres de presa— tal como sucediera en Santiago, en San Pedro, en Monte Plata y en Arroyo Bermejo, un día en que Santana, sorprendido porque Luperón en respuesta a una oferta de garantías que le hiciera le remitió, simplemente, una copia del decreto del Gobierno de Santiago declarándole traidor a la República, cuestionado así en Guanuma por el Marqués de las Carreras: "qué clase de hombre es ese Luperón, cuyo nombre nunca he escuchado en el Cibao?" hace la mejor apología del héroe. "Ese hombre, General, es mi compadre de sacramento; es aquel Comandante que Ud. me había mandado prender y enviar al Morro de la Habana por conspirar contra el gobierno español. Es el mismo que en pleno día le dió un garrotazo de mata caballo al oficial de la guardia de la Gobernación y a pesar de los tiros que se le dispararon se fué; y sepa Ud. que yo, que soy Suero, hice muchos esfuerzos para capturarlo y no pude. Es el que fomentó la revolución en la Línea, donde nadie tenía esas ideas. Es el alma de la revolución; fué el que me mató dos caballos en Santiago, nos estrechó en la fortaleza, y por poco acaba con todos los españoles. Es el que lo ha derrotado a Ud. en Bermejo. Es el que lo fusilaría a Ud. si lo hiciera prisionero. Es el único hombre terrible en la revolución, y es por eso que yo me empeño tanto en matarlo, porque estoy seguro que si nó, es él quien tal vez me matará".

Y el egregio don Ulises, después de derrota cruel de nuestras armas, ve regresar, indemne, a Luperón, y le abraza exclamando: "todavía hay patria, General puesto que Ud. está vivo".

Más tarde, restaurada la República, se sumerge Luperón en el oleaje tumultuoso de la política y primate de un gran partido, Gobernador de Puerto Plata y de Santiago cuantas veces quiso, Delegado del Gobierno en el Cibao, Triunviro,





Ministro de la Guerra de Espaillat, Presidente de la República, jamás erigió el cadalso como fatalidad de la ley, ni puso su brazo restaurador al servicio de las iniquidades.

Y cosa que asombra y admira en este hombre selecto: nacido de la nada, criado en la rusticidad de la sierra, hecho, luego, a la rudeza de los campamentos, dotado, sin embargo, de natural inteligencia, de talento auténticamente preclaro, tenía madera de estadista, un depurado espíritu de análisis y de observación, maneras ingénitas de gran señor, don de gentes que fascinaba muchedumbres y estilo atrayente de avezado publicista. Arbitro de su Partido, él imponía a sus correligionarios los presidentes y rehusaba para sí el supremo honor para indicar hombres de esta significación histórica: Ulises Francisco Espaillat, Fernando Arturo de Meriño y Francisco Gregorio Billini. Sus ensueños generosos ponen a vibrar su corazón patricio por la federación libre de las Antillas Mayores, y, grande amigo de Betances y de Baldorioti de Castro, alimenta y fortalece sus nobles empe-

ños al mismo tiempo que propicia la cruzada heroica que en los campos de Cuba libre se perfila como la última epopeya de la libertad bajo los cielos de América.

Ya la voz grave y severa de la Historia, que condena y exulta, se ha escuchado juzgando la personalidad de nuestro Heroe y le ha declarado definitivamente digno de la gloria y de la devoción de la posteridad.

La República Dominicana ostenta con orgullo al General Gregorio Luperón entre sus personalidades mayores. Consignado ya su nombre en los limbos de la inmortalidad por la patria agradecida, la Academia de la Historia, en la ocasión del primer centenario de la fecha natalicia del esclarecido Prócer, exulta los merecimientos del ilustre guerrero, estadista y político, y, ufana de lo justiciero de este homenaje, proclamándolo por intermedio del más indigno de sus miembros, quien tiene el honor del discurso, genuflexa la palabra, se inclina reverente ante uno de los más ilustres hijos de la República.

## EVOCANDO Y RECORDANDO A LUPERON

POR EL MAESTRO FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL.

### II

Con ese mismo título — frase adverbial de modo i a la vez frase ablativa con la cual se elide la proposición tácita que con ella se integra — escribí hace años i fué inserta en una revista literaria e ilustrada una primera página en relación con actos de la vida del General Gregorio Luperón. Esa página se reinsertó luego en un libro formado con los documentos relativos a la traslación de los restos del épico soldado, desde el Cementerio de Puerto Plata, para ser colocados, en acto público i solemne, en la Capilla de Inmortales o Panteón de los Próceres, en la histórica Catedral Primada de las Indias. En esa primera página, como testigo en el primer caso i en los prolegómenos del segundo, puse en alto relieve el valor cívico i el valor militar del protagonista de ambas actitudes he-

roicas. Son dos rasgos característicos del soldado i del ciudadano conspicuo.

Ahora escribo esta segunda página, evocadora de un tercer episodio de su vida digno de ser presentado como ejemplo, como un testimonio del concepto en que se le tuvo siempre como ciudadano i como político. Voi a referirme a un hecho histórico que permanece hasta ahora fuera de la historia. Fui testigo de tal hecho i lo refiero con estas líneas seguro de la fidelidad con que lo reproduzco hoi.

En octubre de 1879, cuando el Ejecutivo disolvió el Congreso Nacional, no menos laborioso que consciente de su cometido, tal vez por el contraste con la tendencia centralista del régimen presidencial, fué eliminado el personal eje-

